

# La Acera Del Louvre

m. 11 oct. 1957  
Por

## Carlos Robreño

Uno de los lugares habaneros más característicos de la postrera etapa de la época colonial y de los primeros años de la República, fué, sin duda alguna la histórica Acera del Louvre.

Por sus amplios portales, la mitad de ellos al descubierto durante muchos años, aún parecen vagar como sombras gloriosas, aquella grey juvenil que primeramente fué llamada los "tacos del Louvre"—¡oh, días lejanos de la célebre batalla del "ponche de leche"!—y que más tarde con el título de "muchachos de la Acera" fué conocida del uno al otro confín de la isla.

Mozos pertenecientes a familias distinguidas de esta capital, escogieron tan céntrico lugar para sus diarias reuniones en que siempre a flor de labio, salían a relucir chistes, anécdotas y aventuras galantes, aunque en ocasiones, una palabra mal entendida podía ocasionar un lance caballeresco entre los propios miembros de tan simpática colectividad.

Pero en medio de tanta frivolidad no olvidaban sus deberes patrióticos y al socaire de las autoridades españolas la conspiración batía sus alas independentistas en derredor de aque-

# Cómo Hacer Frente Un Ataque por Sorpr

Por Hanson W. Ba

Experto en Asuntos Militares de "The New York Times"

LA conferencia del desarme que se celebra en Londres, actuando de instigador el secretario de Estado de los Estados Unidos John Foster Dulles, fijó su atención la semana pasada en el problema del ataque por sorpresa. Los Estados Unidos presentaron al subcomité de las Naciones Unidas un plan de inspección aérea y terrestre que, en su alcance, podría ser casi global.

El radio de acción, la velocidad y la potencia de las armas modernas, así como la contracción del factor tiempo-espacio, constituyen los problemas técnicos que entorpecen el establecimiento de cualquier sistema de alarma eficaz; la soberanía de las naciones y la ausencia de confianza mundial, constituyen los problemas políticos.

Cualquier sistema de alarma contra la agresión deberá proveer una razonable certeza de que los tres métodos de agresión por sorpresa serán descubiertos antes de que ocurran, esto es, un ataque con fuerzas corrientes, un ataque nuclear con aviones tripulados por pilotos, y un ataque nuclear con proyectiles dirigidos.

### Fuerzas Corrientes

Cualquier asalto en gran escala llevado a cabo con fuerzas de tierra y mar implicaría una preparación previa. La movilización de fuerzas terrestres, incluso bien atrás de la Cortina de Hierro; la concentración del apoyo aéreo en aeropuertos de avanzada y la partida de gran número de submarinos soviéticos hacia el mar abierto, sería muy difícil—aunque no imposible—de ocultar en tiempos de paz, incluso sin ningún sistema de inspección. Sin tal sistema, naturalmente, no puede haber cierta y razonable seguridad por lo que al sistema de alarma solamente concierne.

Realizar una inspección o establecer sistemas de alarma contra un ataque por sorpresa ordinario sería técnica y relativamente fácil, aunque

pare un ataque al estilo Pearl Harbor atacar duramente o menos simultáneamente los sistemas y de claros de represión Estados Unidos y Si el agresor quiere su propio país con horrible devastación, palabras, si la sorpres dar resultados digno, tendrá que porcentaje muy gta el 50 por ciento pacidad de represamigo. Ello, en esta aviación subsónica (hablando en términos), implica un namiento si las bajas son numerosas bien dispersas.

Pero el factor este actúa en favor presa. Todos los de preparación nera un asalto en g global aéreo-nuclear ser llevados a cabo de la Cortina de despertar muchas hasta su etapa finales, incluso si agados en el interior S.S. descubren cual paración inusual minuto, probablemente demasiado ta. Je pa alarma al Occidente

Hasta el radar "desorientado" y e casos eludido. La aviética podría realid de ida y vuelta de Cortina de Hierro normales, o sobre dentro del radio d de las líneas de alardar de Occidente. ñal pre-establecida, los podrían alterars ataque; en los obje ropeos, al menos, se siado tarde, en m sos, para interceptar nos que patrullas de aéreas estuvieran También la aviación ficada o disfrazada mercial" podría s normales rutas civil lizar aproximaciones (bajos, debajo de los radar.

# La Acera Del Louvre

m. 11 oct. 1957.  
Por

## Carlos Robreño

Uno de los lugares habaneros más característicos de la postrera etapa de la época colonial y de los primeros años de la República, fué, sin duda alguna la histórica Acera del Louvre.

Por sus amplios portales, la mitad de ellos al descubierto durante muchos años, aún parecen vagar como sombras gloriosas, aquella grey juvenil que primeramente fué llamada los "tacos del Louvre"—¡oh, días lejanos de la célebre batalla del "ponche de leche"—y que más tarde con el título de "muchachos de la Acera" fué conocida del uno al otro confín de la isla.

Mozos pertenecientes a familias distinguidas de esta capital, escogieron tan céntrico lugar para sus diarias reuniones en que siempre a flor de labio, salían a relucir chistes, anécdotas y aventuras galantes, aunque en ocasiones, una palabra mal entendida podía ocasionar un lance caballeresco entre los propios miembros de tan simpática colectividad.

Pero en medio de tanta frivolidad no olvidaban sus deberes patrióticos y al socaire de las autoridades españolas la conspiración batía sus alas independentistas en derredor de aquellas recias columnas de la cubanísima Acera del Louvre.

Y tanto los "tacos" de una generación—Julio y Manuel Sanguily fueron sus más hermosos exponentes—como los "muchachos" que le sucedieron cronológicamente, cuando Cuba los llamó a pelear por la libertad, inicialmente en el decenio de Yara y más tarde, al conjuro del verbo cálido de Martí, tras el fracaso del Zanjón, no regatearon su esfuerzo y supieron marchar a la maniagua heroica a ocupar su puesto de honor.

De las escenas que se han desarrollado, a través del tiempo, bajo los portales de la legendaria Acera del Louvre han llegado algunas hasta nosotros, envueltas en los cendales de la referencia paterna, como aquella que tuvo lugar durante la tregua que transcurrió de Baraguá a Baire, de la cual fueron protagonistas dos leales adversarios. El general español Santocildes y el bravo Antonio Maceo.

Tras el caballeroso estrechón de mano, el militar hispano luciendo vistoso uniforme y el valiente mambí, de correcta levita inglesa y espejeante sombrero de copa, recordaron con mutuo respeto, combates pretéritos, hazañas que ya parecían perderse entre la bruma del recuerdo. Mas acaso en el pecho de cada uno de ellos se anidaba el presentimiento de que en un futuro próximo se habría de reeditar tan bélicos pasajes, como al cabo ocurrió en Perajejo, la gloriosa acción para las armas cubanas, donde perdiera la vida el citado Santocildes, mientras Martínez Campos se salvaba milagrosamente de caer prisionero.

En aquella época ya había prendido en la población habanera el entusiasmo por el base ball, deporte que acababan de poner en práctica los norteamericanos y que prontamente se arraigó en estas latitudes, sirviendo a la vez para que aquella juventud que habría de echar sobre sus hombros las responsabilidades de la próxima campaña épica se ejercitara físicamente sin levantar grandes sospechas de los gobernantes coloniales.

En el primitivo "Almendares Park"—Carlos III y Ayestarán—se efectuaron reñidos desafíos entre los teams "Habana", "Almendares" y "Fe", cuyo color emblemático era el carmelita. Tales equipos estaban integrados por jóvenes de buena familia que actuaban desinteresadamente, sin espíritu de profesionalismo y entre esos atletas destacábase, entre otros procedentes también de la Acera del Louvre, el popular Carlos Maciá.

Figura mimada de la sociedad capitalina, de-



UN GRUPO DE "muchachos de la Acera del Louvre" que no fue remiso a cumplir sus patrióticos deberes. Alfredo Ariango que terminó la guerra como ayudante del general Calixto García; Pedro Mazorra, perteneciente también a las filas del Ejército Libertador; Carlos Maciá, que alcanzó el grado de coronel y a quien nos referimos especialmente en esta crónica; Morán; Bernardo Soto Estorino, náufrago del "Hawkins", expedicionario del "Bermudas" y muerto más tarde, en acción de guerra, en Las Villas y Ramón Hernández, igualmente soldado de la independencia.

portista de excelentes facultades físicas, Carlitos Maciá se convirtió prontamente en jugador de estelares proporciones, al extremo de haber sido el primer pitcher que en Cuba le propinara un juego de "no hit, no run" a los contrarios, al mismo tiempo que como bateador ostentaba el privilegio de no haber sido "ponchado" jamás.

No obstante, una tarde en un match celebrado en el yumurino "Palmar del Junco" entre el "Almendares" y el club de la localidad, Maciá sufrió tal descalabro, que aquella noche, en una de las columnas de la Acera del Louvre fué fijado, entre orlas de luto, un telegrama procedente de la Ciudad de los Dos Ríos, dando cuenta de la fatal noticia, en tanto los amigos y simpatizadores del brillante atleta desfilaban ante aquel breve pedazo de papel con lacónica explicación con la misma conmovida expresión que pudiera hacerse en derredor de un túmulo recientemente alzado.

Un buen día, a pesar de hallarse la capital en plena temporada carnavalesca, cesó repentinamente el alegre bullicio de la muchachada que diariamente discurría por aquellos amplios portales. Desde el heroico Oriente llegaban noticias de que en la abrupta región habíase reiniciado la lucha que preconizara Martí y que todos los cubanos aguardaban ansiosamente. Y aquellos jóvenes divertidos, que gozaban de buena posición, pero que habían jurado no faltar al juramento de honor, se dispersaron y procuraron ponerse fuera del alcance de las garras del implacable Trujillo Monagas, mientras esperaban el momento de poder lanzarse directamente a los campos de la libertad o embarcarse hacia el extranjero, regresando más tarde en alguna expedición bélica.

Tres largos años permaneció triste, desierta y silenciosa la histórica Acera del Louvre, aunque quizás cualquier observador avezado habría podido adivinar cierto estremecimiento de júbilo en sus recias columnas cada vez que hacia la capital se filtraba alguna noticia en relación

con determinada acción favorable a las armas mambisas.

Y la hora del triunfo espléndido llegó. Y la Acera del Louvre se engalanó para recibir como se merecían a los bravos muchachos que volvían con unas cuantas hebras de plata en su cabeza y unas cuantas cicatrices gloriosas en sus cuerpos, para saturar nuevamente de alegría los hasta entonces solitarios portales. Lástima que ese júbilo se viera conturbado con el alevoso ataque del batallón de "Colón", en los días de la evacuación española, que costó la vida al joven Sotolongo Lynch, acaso el último cubano que moría por la Independencia, después de terminadas las hostilidades.

De la Acera del Louvre de los tiempos republicanos nosotros alcanzamos sus postreros instantes. Era una Acera en la que se mezclaban los "muchachos veteranos"—valga la paradoja—con los bisoños que llegaban a dicho lugar atraídos por la leyenda y ávidos de perpetuar entre las gruesas columnas la sana alegría de una nueva generación. Era, en fin, una Acera del Louvre que aún conservaba como orgullosa tradición la fama de sus "limpiabotas" y la celebridad de sus coches de alquiler: aurigas presuntuosos, carruajes con reflejos brillantes y corceles piafantes. Era una Acera del Louvre donde por la noche, a la salida de los teatros vecinos, la sociedad habanera se reunía en los salones del "Inglaterra", "El Cosmopolita" y "El Telégrafo", antes de retirarse a su casa.

Era una Acera del Louvre, en fin, que como las torres que cantara el poeta se rendían al peso de los años. Había cumplido su ciclo histórico y tendía a desaparecer, pues aunque sus amplios portales y sus recias columnas aun no han sufrido el impacto de la piqueta demolidora, los pequeños comercios y otras clases de establecimientos ubicados en los edificios que fueron los más lujosos hoteles y restaurantes de La Habana, la han despojado de aquel espíritu romántico y patriótico de otras épocas que solamente recuerdan unas placas bronceas colocadas en algunas de sus paredes.